

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

12

OCTUBRE-DICIEMBRE

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

DR. SAMUEL RAMÍREZ MORENO

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... ds. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
W. Dilthey	<i>La esencia de la Filosofía. (II.)</i>	209
Leopoldo Zea	<i>La Historia en la Filosofía de Scheler.</i>	235

LETRAS		
Ulrich Leo	<i>Dante Alighieri: Realidad e Intuición</i>	257
E. Noulet	<i>Villiers de l'Isle Adam y Stéphane Mallarmé</i>	291

HISTORIA		
Agustín Millares Carlo	<i>Algunos Documentos sobre Tipógrafos Mexicanos del Siglo XVI.</i>	303
Alfonso Reyes	<i>Un Paseo por la Prehistoria. (II.)</i>	325

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

José Fuentes Mares	<i>Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo. (Donoso Cortés.)</i>	347
------------------------------	--	-----

	Págs.
Leopoldo Zea	<i>Las Jerarquías del Ser y de la Eternidad.</i> (Alberto Rougés.) 349
 <i>Letras</i>	
Francisco Giner de los Ríos.	<i>Cuenca ibérica (Lenguaje y paisaje).</i> (Miguel de Unamuno.) 353
E. Noulet	<i>Sociología de la Novela.</i> (Roger Caillois.) 355
 <i>Historia</i>	
Félix Gil Mariscal	<i>La Noche Triste.</i> (Documentos publicados por G. R. G. Conway.) 359
Agustín Millares Carlo	Las obras de carácter bibliográfico publicadas con ocasión de la Segunda Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo 362
Agustín Millares Carlo	<i>Notas de bibliografía mexicana.</i> (Salvador Ugarte.) 370
Mariano Muñoz-Rivero del Olmo.	<i>Rodrigo de Albornoz, Contador Real de la Nueva España.</i> (Silvano García Guiot.) 371
Noticias.	375
Publicaciones recibidas	377
Indices del tomo VI.	387

Un Paseo por la Prehistoria

(Concluye)

6. *El habla*

Entre los instrumentos culturales producidos por la lenta maduración mental nos interesan particularmente el habla y la organización matemática, factores esenciales del futuro destino humano.

Con respecto al habla ha dicho Gracián, refiriéndose a la particular función del diálogo, al cambio y transmisión de ideas entre los hombres y a lo que el habla importa para la buena economía de la mente: "Es el hablar efecto grande de la racionalidad, que quien no discurre no conversa. Habla, dijo el filósofo, para que te conozca. Comunicase el alma noblemente produciendo conceptuosas imágenes de sí en la mente del que oye, que es propiamente el conversar. No están presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican. Viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos, iluminando perennemente los venideros. Participa el hablar de lo necesario y de lo gustoso, que siempre atendió la sabia naturaleza a hermanar ambas cosas en todas las funciones de la vida. Consiguense con la conversación, a lo gustoso y a lo presto, las importantes noticias, y es el hablar atajo único para el saber. Hablando, los sabios engendran otros, y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente. De aquí es que las personas no pueden estar sin algún idioma común, para la necesidad y para el gusto; que aun dos niños arrojados de industria en una isla se inventaron lenguaje para comunicarse y entenderse. De suerte que es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas." (*El Criticón*, I, 1.)

La comunicación entre los hombres se establece mediante el lenguaje, en el sentido más amplio del término, desde la intuición transmisible al prójimo en virtud de la semejanza entre los individuos de la especie, que reaccionan de parejo modo ante provocaciones semejantes, pasando por la mímica, el gesto, la señal, hasta la gran economía que significa el uso de los signos orales, y por último y en una época ya histórica, hasta la gran seguridad que significa el uso del lenguaje escrito. "El escribir, según los diálogos platónicos, no pasa de ser una diversión. La escritura, accidente del lenguaje, pudo o no haber sido: el lenguaje existe sin ella. Pero la escritura, al dar fijeza a la fluidez del lenguaje, funda una de las bases indispensables a la verdadera civilización. Al menos, lo que nosotros entendemos por tal. Cierta dosis de conservación en las cosas nos parece una cláusula *sine qua non* para aceptar el contrato de la existencia." (A. Reyes, "Hermes o de la comunicación humana", en *La Experiencia Literaria*.)

"Hubo un tiempo en que los hombres andaban errantes por el campo al modo de las bestias, y hacían la vida de las fieras, ni ejercitaban la razón sino las fuerzas corporales. No se conocía la divina religión, ni la razón de los deberes humanos, ni las nupcias legítimas: nadie podía discernir cuáles eran sus hijos, ni alcanzaba la utilidad del derecho y de lo justo. Así, por error e ignorancia, el apetito, ciego y temerario dominador del alma, abusaba para saciarse de las fuerzas del cuerpo, perniciosísimas auxiliares suyas. Entonces, un varón, no sabemos quién, grande sin duda y sabio, estudió la naturaleza humana y la disposición que en ella había para grandes cosas, con sólo depurarla y hacerla mejor con preceptos. Congregó a los hombres dispersos por el campo y ocultos en la selva, y les indujo algo útil y honesto. Resistieronse al principio, pero rindiéronse después a la razón y a las palabras del sabio, quien de fieros e inhumanos tornólos mansos y civilizados.—Paréceme que la sabiduría callada o pobre de expresión nunca hubiera logrado apartar a los hombres súbitamente de sus costumbres y traerlos a un nuevo género de vida". (Cicerón, *De la invención retórica*, trad. M. Menéndez y Pelayo, lib. I.) Estas líneas valen por una descripción alegórica y abreviada del oficio y necesidad que vino a servir la palabra, y dejan presentir los pasajes de Rousseau que copiamos a continuación.

"Cuando quisiéramos conceder un hombre salvaje tan hábil en arte de pensar como nos lo pintan los filósofos; cuando, como ellos pretendían, hiciéramos de él mismo un filósofo, capaz de descubrir por sí las más sublimes verdades y fabricarse por series de razonamientos abstractos unas

máximas de justicia y razón extraídas en general del amor al orden o a la voluntad reconocida de su Creador; en una palabra, cuando supusiéramos su espíritu dotado de tanta inteligencia y luces como se desee y como son la pesadez y estupidez que de hecho nos muestra ¿qué utilidad sacará la especie de tanta metafísica, si no ha de poder comunicarse y ha de perecer con el individuo que la inventó? ¿Qué progreso ganará de aquí el género humano disperso en los bosques y entre las bestias? ¿Y hasta qué punto podrán perfeccionarse e ilustrarse mutuamente hombres que, sin domicilio fijo y sin necesitarse unos a otros, apenas se encontrarán en la vida un par de veces, sin conocerse y sin hablarse?—Consideremos cuántas ideas debemos al uso de la palabra, cuánto la gramática ejercita y facilita las operaciones del espíritu; y pensemos en las inconcebibles penas y en el tiempo incontable que habrá costado el primer intento de las lenguas... Como en el estado primitivo no había casas, ni cabañas, ni propiedades de ningún género, cada uno se alojaba al azar, y a veces por una sola noche. Machos y hembras se unían fortuitamente, según sus encuentros, las ocasiones o los deseos, sin que la palabra fuese un intérprete muy necesario de lo que tenían que decirse, y con igual facilidad volvían a separarse... Nótese que, estando el niño obligado a explicar sus necesidades y teniendo por consecuencia más cosas que decir a la madre que ésta a su hijo, a él correspondían los mayores gastos de la invención y que la lengua que iba empleando era sobre todo obra suya, lo que en principio multiplicaría las lenguas en los individuos que la hablan; tanto más cuanto que la vida era vagabunda y errante, lo que no daba tiempo a asentar la consistencia de los idiomas. Pues afirmar que la madre dicta a la criatura las palabras de que ha de servirse para pedirle esto o aquello es describir bien el actual aprendizaje de las lenguas ya hechas, pero no el modo como se formaron... Nueva dificultad, peor aún que la precedente: si los hombres necesitaban de la palabra para aprender a pensar, más necesitaban saber pensar para encontrar el arte de la palabra. Y aunque llegásemos a comprender cómo los sones y voces han venido a tomarse por intérpretes convencionales de nuestras ideas, falta todavía averiguar quiénes han sido los intérpretes de esta convención para las ideas que, no apoyadas, en objetos sensibles, no podían indicarse por gestos ni por voces... El primer lenguaje del hombre, el más universal y enérgico, único de que necesitaba antes de verse en el caso de persuadir a las asambleas, es el grito de la naturaleza. Como este grito brota de una especie de instinto ante las ocasiones apremiantes, ya para implorar socorro en los grandes peligros o alivio en los males violentos, no era de mucho

uso en el curso ordinario de la existencia, en que reinan sentimientos más moderados. Conforme las ideas se extendían y multiplicaban y se establecía entre los hombres una comunicación más estrecha, se acudió a signos más numerosos y a un lenguaje más amplio; se multiplicaron las inflexiones de la voz; se acompañaron de aquellos gestos que, por su carácter, eran más expresivos, y cuyo sentido depende menos de una determinación anterior. Los hombres expresaban los objetos visibles y móviles con el gesto, y los que afectan el oído mediante sonos imitativos; pero como los gestos sólo indican objetos presentes o fáciles de describir y las acciones manifiestas, como no son de uso constante puesto que la oscuridad o la interposición de otro cuerpo los deja inútiles, y como exigen atención más bien que excitarla, se los fué sustituyendo con las articulaciones orales que, sin guardar relación igualmente cercana con ciertas ideas, son más apropiadas para representarlas en condición de signos instituídos. Esta sustitución presupone ya cierto acuerdo común, difícil de practicar para hombres cuyos groseros órganos no poseían aún el conveniente ejercicio, y es más difícil de concebir en sí misma puesto que el acuerdo debe ser motivado, y que la palabra parece a su vez indispensable para establecer el uso de la palabra.—Es lícito juzgar que a las primeras palabras se adjudicó una significación mucho más extensa de la que se aprecia en las lenguas ya formadas; pues ignorándose la división del discurso y sus partes constitutivas, cada palabra asumiría el significado de una proposición entera. Cuando fué dable distinguir el sujeto del atributo, y el verbo del nombre, lo que es un esfuerzo genial nada desdeñable, los sustantivos se reducirían a los nombres propios y todos los tiempos del verbo al infinitivo, y la noción del adjetivo debió de desarrollarse difícilmente, por ser cosa abstracta y ser las abstracciones operaciones penosas y poco naturales... En cuanto a las clases primitivas y a las nociones más generalizadas, es superfluo añadir que todavía escapaban a la mente. ¿Cómo hubiera sido posible, en efecto, imaginar o entender palabras como materia, espíritu, sustancia, mundo, figura, movimiento, cuando tanto cuesta entenderlas a nuestros filósofos que vienen sirviéndose de ellas ha tanto tiempo, y las ideas que ellas contienen son puramente metafísicas, sin que correspondan a modelo alguno en la naturaleza? Me detengo en estos primeros pasos y ruego a mis jueces que suspendan su lectura para considerar, por el ejemplo de los solos sustantivos físicos, es decir, la parte de la lengua más fácil de construir, el camino por recorrer antes de llegar a la expresión de todos los pensamientos del hombre, antes de conquistar una forma constante y apta para los usos

públicos y la sociedad. Les ruego que imaginen el tiempo y caudal de conocimientos que habrán sido necesarios para dar con nombres, palabras abstractas, aoristos y todos los tiempos del verbo, partículas, sintaxis, ligas de proposiciones, razonamientos y toda la lógica del discurso... Fácil es comprender que el primitivo comercio no exigía lenguaje más apurado que el de las cornejas o los monos, cuyas agrupaciones son semejantes. Gritos inarticulados, abundantes gestos, algunos ruidos imitativos fueron sin duda y por mucho tiempo el lenguaje general; uniéndose a lo cual en los distintos países ciertas articulaciones convenidas, cuya institución, como ya lo he dicho, es fácil de explicar, resultaron lenguas particulares, aunque groseras e imperfectas y tales como aún se encuentran en muchas naciones salvajes... Y ya se deja ver cómo el uso de la palabra se estableció y perfeccionó insensiblemente en el seno de cada familia, y puede conjeturarse también cómo diversas causas particulares pudieron extender el lenguaje y acelerar su progreso, haciéndolo más necesario. Grandes inundaciones y terremotos rodeaban de agua o precipicios los cantones habitados; revoluciones del globo desprendían y cortaban en islas algunas porciones continentales. Se entiende que entre hombres así amontonados y obligados a convivir se formase al cabo un común idioma, mucho más que entre los que erraban libremente por los bosques y tierra firme. Fácil es que, tras los primeros ensayos de navegación, los insulares nos hayan traído la práctica de la palabra; verosímil que en las islas hayan tenido nacimiento las sociedades y las lenguas antes de ser importadas al continente." (J. J. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, I y II.)

Estos cuadros magníficos que trazan Cicerón y Rousseau deben entenderse como conjeturas sugestivas sobre lo que no podría establecerse documentalmente, y en algunas aseveraciones particulares los han superado aquí y allá la sociología y la lingüística. Pero sirven para hacer meditar en lo que pudieron ser tales procesos indecisos y dejan en el espíritu del lector un lecho de provechosas reflexiones. Cicerón encamina sus pensamientos a poner de relieve el valor del orador primitivo. Rousseau encamina los suyos a explicar la mutua fecundación entre la mente y el lenguaje, y entre la sociedad y el lenguaje. En el estado actual de la ciencia hay que distinguir las doctrinas sobre el concepto puramente lingüístico del lenguaje, o sea su función en la mente, y las doctrinas sobre el concepto generalmente social del lenguaje, o sea su función como factor en el grupo humano.

“El concepto social del lenguaje no es más que un aspecto del fenómeno, y por sí solo no podría dar cuenta de la filosofía del lenguaje. La sociología considera el lenguaje: 1º como producto social colectivo, fase pasiva; 2º como factor que influye en los demás productos sociales, los cuales sin el lenguaje carecerían de la estructura que él ha venido a comunicarles, fase activa . . . Que el lenguaje sea un producto social colectivo no quiere decir que el grupo humano haya creado el lenguaje por convenio plebiscitario y de una sola vez; quiere decir que hay una interacción entre el individuo y el grupo, en virtud de la cual la facultad del habla se conforma en el organismo del lenguaje. Si yo fuera el único en el mundo, no sólo no habría lenguaje: no habría habla, y ni siquiera mi habla, dice Karl Vossler. La anterior afirmación no niega la posibilidad de que, en los remotos orígenes, haya habido un protolenguaje, producto de los puros impulsos afectivos y musicales del alma solitaria, especie de protoplegaria y protopoésia . . . Pero la palabra no sólo alude al pensamiento, sino que incrementa el pensamiento. La ecuación tiende hacia la objetivación íntegra del pensamiento social, y poco a poco esta objetivación refluye sobre el grupo que la ha uniformado. Le imprime una conciencia común, un desarrollo regular.” (A. Reyes, *El deslinde*, VII, 3.)—En cuanto al concepto lingüístico del lenguaje, nos lleva a la historia de los estudios respectivos, que empiezan por interrogar el por qué, en un sentido más bien místico y con explicaciones sobrenaturales fundadas en las creencias religiosas, y luego pasa a interrogar el cómo. “Unos cayeron en la noción de un crecimiento vegetativo, tesis que va de Platón hasta Renan; otros, en la invención convencional, tesis que va de Demócrito hasta Condillac.” (*Ibid.*, VII, 4.) Luego vienen los estudios comparativos entre las lenguas ya formadas, y la lingüística va abandonando poco a poco el problema de los orígenes a la psicología conjetural. Puede decirse que sólo la suma de todas las doctrinas da una descripción aproximada de la totalidad del fenómeno, sin excluir las ya anticuadas que creían ver en la interjección y en la onomatopeya los orígenes exclusivos del lenguaje (teorías del “Pah-pah” y del “Bau-Wau”).

Todavía cabe considerar el lenguaje desde otro punto de vista, aunque aquí la palabra “lenguaje” cobra otro sentido. En este sentido mucho más general, lenguaje es toda comunicación significativa o todo significado transmitido de hombre a hombre. Un utensilio, una máquina, dicen algo al que pertenece al mismo grupo de convenciones humanas, y para quien ignora su uso vienen a ser lenguaje extranjero. “Así entendido, el len-

guaje asume un sentido muy amplio, mucho más amplio que el lenguaje oral o el escrito. Desde luego que incluye a éstos, pero incluye también no sólo gestos, sino ritos, ceremonias, monumentos, productos de la industria y las bellas artes." (J. Dewey, *La Lógica: Teoría de la pesquisa*, III.)

No está por demás, antes de abandonar este examen del lenguaje, insistir en que las fuerzas alógicas, los impulsos anímicos y afectivos cuentan en el origen y aun en la vida actual de las lenguas tanto, al menos, como las atribuciones lógicas, intencionadas, de los significados a las palabras. A este respecto, conviene recordar una página ilustre en los fastos del humanismo: la teoría expuesta por Vico sobre las "empresas heroicas" de la mente, la descripción mímica, la metáfora, la imaginación mitológica, el sentido fabulatorio, las charadas, enigmas y jeroglifos, todo lo cual alimenta como río subterráneo las fuentes del discurso coherente, y muchas veces lo perturba con su ímpetu. Este ahondar en las razones anímicas del lenguaje lo ensancha en explicación fundamental de muchos motivos de la conducta.

"Ahora, recobrando el hilo de nuestra tela, a partir del razonado ejemplar de contar los campesinos heroicos en su edad poética siegas siempre por años, se descubren tres grandes principios de cosas, uno de los cuales es el de las empresas heroicas, del cual depende el conocimiento de importantísimas consecuencias en torno a la ciencia del derecho natural de las gentes. Y sin duda fué menester que a cuantos razonaron sobre las empresas ingeniosas, del todo ignorar de las cosas de esta nueva ciencia, la fuerza de la verdad les hiciera caer de la pluma el nombre de empresas heroicas. Fueron las tales las que los egipcios llamaron lengua simbólica, o sea por metáforas o imágenes o semejanzas, lenguas que aun ellos refieren haber sido hablada en tiempo de sus héroes, mas nosotros demostramos aquí haber sido común a todas las naciones heroicas esparcidas por el universo. Porque, en efecto, el rey de la Escitia, Idantura, envió a Darío el Mayor, que por embajadores le intimara la guerra, como hoy mismo pudiera hacerlo el persa al tártaro su vecino, una respuesta que se componía de una rana, un topo, un ave, un arado y un arco, queriendo con todas estas cosas decir que Darío se armaría contra razón de gentes. 1º Porque Idantura había nacido en tierra escita, como nacen las ranas en las tierras en que se las encuentra, con lo que denotaba ser tan antiguo su origen en aquella tierra cuanto el del mundo. De modo que la rana de Idantura es ciertamente una de aquéllas en que nos dijeron los poetas teólogos haberse los hombres convertido en el tiempo en que Latona dió a

luz a Apolo y Diana, junto a las aguas, con lo que acaso significaron el Diluvio. 2º Porque en la Escitia había constituido su casa o sea gente, como labran los topos sus galerías en las tierras de su nacimiento. 3º Porque era suyo el imperio de la Escitia, por tener en él los auspicios; de suerte que, en vez del ave de Idantura, un rey heroico de la Grecia hubiera enviado a Darío dos alas, y un rey latino le hubiera respondido 'auspicio esse sua'. 4º Porque, además, el dominio soberano de los campos de Escitia era también suyo, por cuanto domara la tierra con el arado. 5º Y porque, finalmente, disponía del derecho soberano de las armas para defender sus soberanas razones con el arco. En esa lengua hablada por la gente heroica de la Tartaria se expresa, a no dudar, Tearco, rey de Etiopía, quien, habiéndosele intimado por Cambises la guerra, en que Cambises murió, y recibidos del monarca persa muchos vasos de oro, por no hallarlos útiles a ningún natural desempeño, los rehusó y mandó a los embajadores que informaran a su rey de lo que les haría ver. Y tendió un arco tamaño y lo cargó con saeta muy pesada, queriendo significar que él en persona le opondría la fuerza, porque no al oro, sino a la virtud se consagraba toda la estima de los príncipes. Lo que podría declararse en una sublime empresa heroica representando vasos de oro derribados por el suelo, y un brazo nervudo lanzando con tamaño arco una gran saeta. Y ella fuera tan explicativa con la sola imagen que no habría menester leyenda alguna que la animara. Y tal es la empresa heroica en su razón perfectísima, pues es tal un habla muda por actos o signos corpóreos por el ingenio hallada, en vista de las hablas convenidas, y en la necesidad, mirando a la guerra, de manifestarse. Semejante a esa habla de Idantura y de Tearco fué ordinariamente la de los espartanos, a quienes se prohibiera saber leer, los cuales, aun después de descubiertas las lenguas concertadas y las letras, hablaban muy parcamente, como nadie ignora, y de quienes afirman los filólogos que fueron en grandísima parte guardadores de las costumbres heroicas de Grecia. De lo que es ejemplo el espartano que respondiera al extranjero que se maravillaba de no ver a Esparta ceñida de murallas, como no lo estuvieron ningunas ciudades heroicas de Grecia (y válganos el testimonio de Tucídides), con sólo el ademán de señalar su pecho. Con lo cual, aun sin articular vocablo humano, pudo dar a entender al extranjero el sublime sentimiento de que, con el arreo de las palabras concertadas, cualquier gran poeta heroico se preciaría: *De Esparta son muralla nuestros pechos*. Sentimiento que, en hablas pintadas, sería alta empresa heroica, representando un orden de heroicos escudos con esta leyenda: *Muros de Esparta*. Empresa que signi-

ficaría no sólo que las verdaderas defensas armadas son los fuertes ciudadanos, sino también que la firme roca de los reinantes es el amor de los súbditos. Otro ejemplo es el de aquel espartano que a otro extranjero, que quería saber hasta dónde Esparta extendía sus confines, arrojando un asta respondió: Hasta donde ésta alcance. Palabras que hubiera podido ahorrarse, si ya no lo hizo, haciéndose comprender mudamente, y sin que Homero, Virgilio, Dante, Ariosto, Torcuato hubiesen podido expresar, con arreo de palabras, mejor sentimiento del que hubiera sido éste: *Brio del asta es límite de imperio*. E igual pintura se cambiaría en esta sublime empresa: un brazo arrojando un asta, con la leyenda *Confines de Esparta*. De aquella natural costumbre de los antiguos escitas, etiopes, y entre los griegos, de los iletrados espartanos, no es nada desemejante la de los latinos bárbaros que deja traslucir la historia romana, en la que sería una empresa heroica aquella mano que con su varilla descabeza adormideras descollantes sobre humildes hierbas, con la que respondió Tarquino el Soberbio a su hijo, que le había consultado por mensajero qué convendría hacer en Gabi. Esto es, que matara a los principales de la ciudad; y tal historia o sería del tiempo más antiguo de las gentes latinas allegadas al Soberbio, dado que tal respuesta en el tiempo de las hablas concertadas es mejor pública que secreta, o bien en los tiempos del Soberbio se hablaba todavía en Roma con caracteres heroicos. Por todo lo dicho se demuestra patentemente que en las empresas heroicas se contiene toda la razón poética, la cual se reduce entera en este punto: que la fábula y la expresión son una cosa misma, esto es, una metáfora común a poetas y pintores, de suerte que un mudo falto de expresión puede pintarla." (Vico, *Ciencia nueva*, III, 27; trad. J. Carner, El Colegio de México, 1941.)

7. El pensar matemático

Pasemos ahora a la organización matemática. Con respecto al número, los filósofos de la matemática nos explican el largo y laborioso proceso que llevó al hombre a despegar de los objetos la noción de las cantidades de objetos, su aumento o disminución, su orden, etc.

El hombre poseía seguramente desde los orígenes aquel vago instinto numérico —acaso prendido en los ritmos fisiológicos: latido, resuello, paso —que, según parece, poseen también ciertas aves y aun ciertos insectos, no digamos ya los primates superiores. Pero el carácter progresivo

de las nociones matemáticas y la dificultad con que adelantan se demuestra por la supervivencia de ciertas etapas atrasadas. Todavía hay tribus australianas o del Mar del Sur que, por no haber alcanzado siquiera la etapa de contar con los dedos o de asociar las confrontaciones visuales y las táctiles —lo que según los psicólogos resulta de la disposición de las capas externas e internas de la córnea del ojo— no han llegado a la percepción del número. Hay otras poblaciones que cuentan por gestos y mímica corpórea, de suerte que, como lo observaba Rousseau a propósito del lenguaje, no pueden transmitir un cómputo en la oscuridad. Algunas mezclan palabras que designan órdenes (por ejemplo, decenas), con mímica digital que completa las unidades.

El origen del número debe considerarse desde un doble punto de vista: el lógico y el místico. Desde el punto de vista lógico, como ya lo sintió Descartes, la matemática es un orden mental que deriva de la función lingüística. Se refiere a las operaciones de abstracción, correspondencia y sucesión. La abstracción del primitivo se ejerce sobre los centros de interés de su vida y sólo se desarrolla conforme va haciendo falta. Al modo que hay lenguas primitivas que tienen nombres para cada color del arcoiris y no poseen todavía el término general "color", se concibe que el hombre haya tardado en darse cuenta de que había algo común entre una pareja de faisanes y un par de días, según dice Russell. Y así como hay lenguas que poseen numerosas palabras para la espada o para el león, según las condiciones de su existencia (el árabe), se comprende que ciertos grupos del Congo Belga muden su terminología para enumerar seres animados u objetos inanimados. Pero el carecer de un nombre hecho para la abstracción sólo significa que tal nombre es todavía inútil, y no que se carezca de la noción misma. Hay salvajes que tienen una sola palabra para el verde y el azul y, sin embargo, los distinguen perfectamente. Los famosos "tests" de eficiencia mental suelen descuidar esta calificación relativa del distinto interés vital, que para nada afecta a la eficiencia misma del sujeto estudiado.

Considérese, además, como lo nota agudamente Pécaut (*El niño y el número*, en la *Révue Pédagogique*, nueva serie, tomo LXXIX, nº 10, octubre de 1921, pág. 247), que "contar es función casi opuesta a la de abstraer", aun cuando sin duda la presupone. Esto nos conduce a las otras dos operaciones lógicas, la correspondencia y la sucesión. La correspondencia de objeto a objeto nos deja ver la existencia de la noción del número sin la necesidad de una cuenta, como cuando en un salón compa-

ramos, a simple vista, el número de asientos y el de personas, y según que todos estén sentados o haya personas de pie o asientos vacíos, calculamos el más y el menos o el completo ajuste de ambas clases. Método de que queda resabio en nuestro verbo "calcular", de "cálculo" o piedrecita, por cada piedrecita que se adjudica a cada objeto y que es el origen del número cardinal. La sucesión, que es ya la cuenta y de que a la larga resulta el número ordinal, nos permite establecer una serie estricta u orden determinado, y la consecuente previsión de que, tras este número cardinal, tiene que venir tal otro número cardinal. Ambos números aparecen imbricados en la invención y se los puede significar del modo siguiente en un ademán de primitivo: si se muestran al mismo tiempo tres dedos de la mano, se propone un número cardinal; y si se alzan los tres dedos, uno tras otro, se propone un número ordinal. El ordinal deja ocioso, a la larga, el sistema de referencia o clase de objetos usados para la confrontación, objetos que equivalen a la colección de piedrecitas.

El sistema decimal que hoy usamos no es el único posible, ni es el único empleado en todos los pueblos. Hay vestigios de sistemas binarios, a los que Leibniz aconsejaba volver por lo que simplifican las operaciones aunque complican la notación gráfica. Hay también vestigios de sistemas quinararios. Los hay cuya base es doce, de que quedan huellas en los doce meses del año y en sistemas métricos todavía usados: doce peniques en un chelín, doce docenas en una gruesa, doce pulgadas en un pie, etc. Y todavía la base de veinte aparece en el "score" inglés y en el número francés "quatrevingt" o "cuatroveintes", por "ochenta". El sistema decimal se ha impuesto por economía, y en parte también por el accidente fisiológico de que el hombre tenga en las manos diez dedos plegables que permitan la cuenta.

Redondeada así la noción lógica del número, con el correlato de la noción de unidad, que es un descubrimiento difícil, falta todavía descubrir la misteriosa noción del "cero", o nada cargada de sentido, y luego expandirla hacia arriba en la serie de las magnitudes crecientes, y hacia abajo en la serie de las decrecientes. Los tasmanios cuentan: uno, dos, muchos. Para ciertos hotentotes el infinito empieza más allá del tres, número máximo que alcanzan a percibir. Los guaraníes alcanzaban hasta el cuatro. Se ha admitido que todavía las lenguas europeas usan para el tres ciertos nombres que traen resabios de un primitivo significado equivalente a "mucho" o a "más allá": "ter, trans", "très, trois", etc. (J. Dantzig, *El número, lenguaje de la ciencia*, 1, 2.) Aquí juegan secundariamente las nociones de "unidad",

“pares” o correspondencias, “nones” o falta de correspondencia, y “mucho” o “más allá”. Los números grandes sólo aparecen claramente analizados por el griego Arquímedes, en su apólogo del “computador de arenas” o “arenario”; y el verdadero infinito matemático, sólo en el siglo XIX. Respecto al decrecimiento por debajo del “cero”, supone ya una abstracción muy ejercitada. La fracción no se impone objetivamente a la contemplación del primitivo. Pues si con el fraccionamiento la cosa se destruye, como para los seres animados, no hay fracción sino aniquilamiento, muerte. Y si se trata de un objeto inanimado, una vara que se parte en dos no le aparece como media vara más media vara, sino como una reproducción de la vara en dos varas. Y para llegar a la noción del fraccionamiento infinitesimal han de pasar muchos siglos.

Tal es el número lógico. Pero todo conocimiento insuficiente desarrolla campos de fuerzas místicas. No es posible entrar aquí en la descripción de las preocupaciones místicas emanadas del número, y que van desde el pitagorismo hasta la matemática sublime o aplicación de la matemática a las pruebas de la existencia de Dios (A. Reyes, *El deslinde*, VIII, 13). La magia, el folklore, las supersticiones, conservan la huella de estas humedades emocionales que suelen empapar al número, y que se relacionan también con la función lingüística o poder oscuro de dominio concedido al nombre de la cosa, o con la pintura o estatuaria mágicas a que se atribuye una virtud sobre la persona representada, como en la novela de Wilde, *El retrato de Dorian Gray*. Así se ve que el salvaje huye de la cámara fotográfica, y la mujer que se lanza a la vida libre toma un nombre de guerra, a manera de escudo místico. El enamorado esconde el nombre de su dama. Parafraseando a Musset, dice Gutiérrez Nájera en la Canción de Fortunio:

*Si de la que amo con tal misterio
pensáis que el nombre revelaré,
sabadlo todos, por un imperio,
por un imperio no lo diré.*

Entre las tribus atrasadas, que son nuestro único documento sobre la mentalidad primitiva, y también en numerosos testimonios de la literatura más arcaica, es fácil advertir que se han atribuido virtudes secretas al 3 (teologías trinitarias de la India o del cristianismo elaborado por la Grecia tardía, etc.), al 7 y a otros números. La aritmología pitagórica de los griegos ofrece los ejemplos más abundantes; y luego, la cabalística desarrolla

la seudociencia de la aritmomancia, en que se conjugan las letras de los nombres con números y símbolos, la onomatomancia aritmética, etc., que son persistencias de la mentalidad prehistórica. Estos juegos de simetría han servido de inspiraciones artísticas, porque el hombre no es pura y exclusivamente razón.

Aun dejando a un lado el álgebra o abstracción superior sobre los números, en funciones y relaciones representadas con letras, que es fruto muy tardío, hay que considerar, para el caso de los primitivos, otro concepto matemático fundamental: la figura geométrica. Tampoco ésta pudo ser abstraída en un instante. No lo lograron del todo los egipcios, que aún la veían pegada a la forma de un terreno material, y sólo llegaron a ella los filósofos griegos. Se dirá que los primitivos usaron ornamentaciones de forma geométrica, pero éstas son meras aplicaciones cualitativas de la forma y no abstracciones matemáticas. La geometría brota de la medición de propiedades, lo que no existe para el primitivo por no ser un centro de interés en su vida. La abstracción, que es siempre un esfuerzo, sólo se ejercita donde hace falta. No es que al primitivo le fuera imposible abstraer la noción de figura: es que no le hacía falta. Si quiere hablar de algo redondo, dirá "como la luna llena", al modo que Pascal a los doce años redescubría la geometría euclidiana hablando de "redondos y barras". Más aún, las experiencias psicológicas de Verlaine (no el poeta) comprueban aquellas doctrinas filosóficas que conceden a la mente humana una posibilidad de construcción abstracta, previa y aun indispensable a la captación de conocimientos experimentales concretos y derivados de las impresiones de los sentidos. Las intuiciones de la forma geométrica bien podían existir en la mente del primitivo, sin que experimentara necesidad alguna de expresarlas en abstracción matemática. Nótese que también ha habido en el orden geométrico cierta floración de emociones místicas, como el sentimiento de las direcciones privilegiadas del espacio, que todavía nos hacen ceder la derecha a la persona de respeto.

Lo que sabemos de la matemática prehistórica se reduce casi a la posibilidad de que ciertas barras y puntos, dibujados en ocre rojo en planchas de esquisto del aziliano o mesolítico, puedan representar cálculos (Capitant, *La Prehistoria*).

En cuanto a las unidades de medida en sí misma, ya se entiende que su "desantropomorfización" no era indispensable al nacimiento de la ciencia abstracta, puesto que aún se usan pulgadas, pies, codos, jornadas, etc.

8. De la prehistoria a la historia

El paso de la prehistoria a la historia es el paso de los yacimientos materiales, documentos mudos e involuntarios, a los testimonios escritos de todo orden, destinados ya a conservar y transmitir memoria de los hechos. Acaso se haya exagerado la antigüedad de ciertos vestigios elamitas (cercaño Oriente) que llevarían los primeros jeroglifos y los residuos de las primeras lenguas conocidas hasta unos 6000 años a. C. En todo caso, para el mundo occidental, la historia ha comenzado ya seguramente unos 4000 a. C. El escenario de la prehistoria es impreciso y extenso: corre o aparece esporádicamente por Oceanía, Asia, Africa y Europa. El escenario de la historia se fija en las cercanías del Mediterráneo, mar interior encerrado entre los tres grandes continentes del viejo mundo, que viene a ser el punto de partida y el punto de referencia; y sobre todo en ese cuadrante que hoy se llama con cierta vaguedad el cercano Oriente. En esta designación se comprende la parte del Asia que queda al sudoeste de Rusia y del Mar Negro y al oeste del Afganistán, y también la región del valle del Nilo, cuya cultura inicial tiene mayor relación con la Mesopotamia que no con el Africa misma, de que la cortaban, a la izquierda, inmensos desiertos, y abajo, grandes cataratas. La línea de la tradición puede trazarse de la Mesopotamia a Egipto, de aquí a Creta, y luego al mundo helénico.

Prescindimos por ahora de especies semilegendarias. Tales las probables civilizaciones desaparecidas por guerras y cataclismos geológicos: Lemuria, Atlántida, Polinesia, Anau, sobre las cuales tanto se ha fantaseado. Lemuria, en que algunos ven la tierra de los pitecoides precursores del hombre —de cuyos combates con el hombre serían vestigio las narraciones del poema indostánico *Ramayana*—, yace según ellos en el fondo del Océano Indico, tierra sumergida que alguna vez se extendió desde las islas de la Sonda, por la costa meridional del Africa, hasta la isla de Madagascar. La Atlántida es otra tierra sumergida, de que queda memoria en la tradición que los sacerdotes egipcios de Sais refirieron a Solón, y que su nieto Platón recogió en páginas inmortales. Se la ha buscado en el Atlas o el Sáhara, en el fondo del Atlántico, en Suecia, en el Báltico, en el Océano Artico, en Creta, en España, en Holanda, en Palestina, en la antigua Troya, en Persia, en Crimea, en Ceilán, en América, etc. (A. Reyes, *La Atlántida castigada*.) Ha sido objeto de las más varias interpretaciones, dando estímulos a los mitógrafos, geólogos, etnólogos, y hasta a los místicos de la extravagancia

(A. Vivante y J. Imbelloni, *Libro de las Atlántidas*, Buenos Aires, "Humanior"). El historiador mexicano Edmundo O'Gorman ha estudiado los reflejos de esta tradición en los primeros cronistas del mundo americano. Sobre la Polinesia sólo quedan trozos de epopeyas de Sámoa o Tahití que hacen presumir la antigua grandeza militar de civilizaciones perdidas. Las investigaciones sobre Anau, al sur del Turquestán, datan de principios del siglo xx, y aunque comenzaron por asignar a los vestigios una vetustez de 9000 a. C.; ahora se piensa que Pumpelly se equivocó en unos cuatro o cinco mil años.

Prescindimos también, por la imposibilidad de establecer conexiones con el tronco fundamental de nuestra civilización o de establecer cronologías racionales, del lejano Oriente —India y China— o del antiguo Yucatán y del núcleo andino, que deben estudiarse aparte; y del movimiento ascensional que poco a poco subió por Europa hasta el Báltico, el Mar del Norte y las Islas Británicas.

Fijémonos, pues, en el cercano Oriente, donde va a nacer una verdadera civilización. Los desbordes glaciales del norte habían ido atrayendo a los cazadores hacia las llanuras del Sáhara, nunca tocadas por los hielos y que fueron durante millones de años zonas feraces e irrigadas por abundantes lluvias. Paulatinamente, a medida que los hielos se replegaban hacia el norte, las lluvias empezaron a decrecer en las regiones mediterráneas. La parte occidental adquirió su actual carácter desértico, y quedaron como refugios habitables las zonas orientales bañadas por los grandes ríos: Tigris, Eufrates, Nilo.

Pronto los inventos, la metalurgia y la escritura dan al grupo humano una nueva fisonomía. Suele llamarse a esta edad la Edad del Bronce, designación algo confusa. Ante todo, el primer metal descubierto fué el cobre, cuyos primeros trozos tal vez se encontraron por los años 5,000 a. C., entre las hogueras de las tribus que vagaban por el Sinaí. Sólo más tarde se llegó a mezclarlo con el zinc o el estaño para obtener el bronce, y mucho más tarde el hierro es incorporado en la industria. Además, el metal aparece en épocas distintas para distintos pueblos. Finalmente, hay pueblos que pasaron de la piedra al hierro sin conocer el bronce, como Finlandia, Rusia septentrional, Polinesia, Africa central, India meridional, Australia, Japón y, desde luego, la lejana América. Como quiera, después de la domesticación del fuego, el metal es el descubrimiento más importante.

Los orígenes de la cultura mediterránea deben buscarse, antes que en Egipto, en Elam, por la antigua ciudad de Susa, al oriente del Tigris meri-

dional y no lejos del Golfo Pérsico: cobre, agricultura, jeroglifo, alfarería exquisita y rueda de alfar, carro rodante, joyería, espejos, sistemas de comercio y crédito. Más importante, y parece desde luego que anterior a Egipto, es la región sumeria o Mesopotamia del sur, en camino ascendente hacia lo que luego será la gran Babilonia: Eridú, Ur, Uruk, Larsa, Lagash, Nipur, Nisín, Agade, junto al Eufrates, y la más vieja, Kish, sobre el Tigris. El carácter y cronología de esta cultura todavía son objeto de dudas y averiguaciones. La Antigüedad clásica ignoró a los sumerios, y el babilonia Beroso, en el siglo III a. C., habla de ellos en términos mitológicos, como de monstruos civilizadores que llegaron por el Golfo Pérsico guiados por Oanes. Se ignoran su raza y su procedencia. Su lengua no era semítica y se duda si sería mongólica. Usaban ya la escritura cuneiforme, en jeroglifos tal vez derivados de las incisiones ornamentales de la alfarería. Conocían ya la escultura y la joyería, usaban vestidos de lana, gorros y sandalias. Se atribuían una lista de monarcas que databan fabulosamente de cinco mil siglos. Las lamentaciones de su poeta Dingiradamu sobre guerras y destrucciones se asegura que datan de cerca de 5000 a. C. La penumbrosa historia se define un poco hacia los 3000 a. C. Sobrevienen luego las monarquías semíticas acadianas (Agade), y aquella cultura se va confundiendo en la antigua Ur de los caldeos y en el ciclo asirio, dejando el recuerdo de Sargón el conquistador, hijo de una prostituta sagrada; el recuerdo del acadiano Manishtusu que llevó a Elam la guerra por meros incentivos artísticos, para obtener plata y diorita con que embellecer sus santuarios; el recuerdo de Gudea el edificador y justo monarca, cuya imagen de diorita se conserva en el Louvre; y el recuerdo de los saqueos del tesoro de su diosa Istar por pueblos orientales (elamitas) y occidentales (amoritas). Por transculturación, estos pueblos vencidos, que ya para el apogeo de Persia han desaparecido de la historia, legaron a los conquistadores asirios y babilonios un caudal de nociones religiosas, sociales, políticas y artísticas: su Gilgamesh será héroe de las epopeyas babilónicas; su Tamuz será el Adonis griego; los hebreos recibirán de ellos, indirectamente, la tradición del Diluvio. Hamurabi inspirará su código en los preceptos de los monarcas sumerios. Por toda la antigua Mesopotamia se difunden sus artes de canalización, riego, comunicaciones fluviales, norias, arquitectura pública y privada, construcción de adobes, puertas giratorias de madera, metalería que no ignoró el oro, la plata ni aun el hierro, instrumentos de pedernal, hueso, marfil y barro, arado de bueyes,

lujos y cosméticos femeninos, tejidos, leyes y arbitrajes, préstamos comerciales a interés, medicina, escritura, escuelas, poesía, etc.

Mucho de esto llega hasta Egipto, sea por el istmo de Suez o por el Mar Rojo, a través de los antiguos ríos derivados del Nilo; y entre todo ello, llegó la escritura pictográfica anterior a las grandes dinastías, el sello cilíndrico del Egipto primitivo que luego fué abandonado, instrumentos y artefactos diversos, estatuillas de dioses asiáticos, etc. Y la verdadera estatuaria, la rueda de alfar y el carro sólo aparecen en Egipto mucho después que en Sumeria.

9. Los abismos del tiempo humano

Es hoy sabido de todos que la historia clásica del hombre queda reducida a un instante si se la compara con las enormes perspectivas del tiempo que la ciencia arqueológica ha descubierto en nuestros días. La historia, junto a la prehistoria, pasa a la categoría de pluma en el sombrero. Lo curioso es encontrar el pleno sentimiento de esta proporción, o desproporción, en el obispo de Chester, Juan Pearson, que ya en su *Exposición del Credo*, segunda mitad del siglo XVII, se sentía arrobado ante las inmensidades del abismo que precedió a la historia. ¿Qué es la historia? Lo que caprichosamente quiso respetar la incuria del tiempo.

“Pues la iniquidad del olvido ha derramado ciegamente sus adormideras, y trata las memorias humanas sin atención a los méritos de perpetuidad. Aquel fundador de las pirámides ¿qué puede inspirarnos sino lástima? Vive Heróstrato por haber quemado el templo de Diana, y el que lo edificó casi ha desaparecido. El tiempo conservó el epitafio de los caballos de Adriano, pero ha borrado el de éste. En vano computaríamos las dichas por la ventaja de los buenos nombres, porque los malos tienen la misma perennidad; y Tersites amenaza vivir tanto como viva Agamemnon. ¿Quién asegurará si siquiera conocemos a los mejores? ¿O si no se habrán olvidado otros más notables que cuantos perduran en los repertorios conocidos? Sin el favor del Registro imperecedero, el primer hombre sería tan ignorado como el último, y su única crónica, la longevidad de Matusalén.— Para el olvido no hay soborno. La mayoría ha de conformarse con ser como si jamás hubiera sido, y contar en los registros de Dios, ya que no en la cuenta de los hombres. El primer relato contiene veintisiete nombres, y de cuantos vienen después no queda ninguno en el siglo. Pronto el

número de los muertos excedió a los que han de vivir. La noche del tiempo superó con exceso al día y ¿quién sabe cuándo fué el equinoccio? Cada hora añade algo a esta aritmética corriente, que no para un instante. Y pues la muerte es Lucina de la vida, y aun el pagano puede dudar si vivir así difiere del morir; pues nuestro sol más duradero camina al descenso sin remedio después de dibujar su arco, y así no ha de faltar ya mucho para que caigamos en la sombra y sea cenizas nuestra luz; pues el hermano de la muerte a diario nos angustia con su mortal 'memento', y el tiempo que sin cesar envejece recorta a la vez nuestra esperanza, la diurnidad no es más que un sueño y una insensata expectación." (Sir Thomas Browne, *Hydriotaphia: Urna funérea*, 1658.)

Sobre estos abismos de tiempo, sobre este río de olvido, adelanta la civilización, la herencia humana. Ella supone distintas condiciones conforme a las cuales pueden distribuirse mentalmente las distintas fases del espectáculo descrito. Condiciones terrestres: unas geológicas y otras geográficas. Por cuanto a las geológicas, estabilidad de la morada terrestre, en su juventud sometida a tremendas convulsiones, desgarramientos y otras indecisiones plásticas; luego invadida varias veces por enormes derrames glaciales que no han de ser los últimos, por lo que afirma un escritor ingenioso que la civilización es un entreacto entre dos congelaciones. Por cuanto a las condiciones geográficas, clemencia, moderación de regímenes, prudente proporción de sol y humedad, suelo bonancible, o aproximaciones a este término medio que desafían el esfuerzo humano con ciertas promesas de dejarse vencer. Sobre estas condiciones terrestres, operan las condiciones humanas del agrupamiento: provisión y previsión económicas, organización política, tradición de normas religiosas o morales y cultura. Y de aquí resultan todos los múltiples tipos de convivencia, economía, ética, creencia y conocimiento que se encuentran en las sociedades humanas.

La necesidad rige directamente las bases más naturales o animales de la humanidad, pero se transforma conforme subimos hacia los estímulos más característicamente humanos, y dista ya mucho de ser el incentivo esencial de la cultura. La cultura se convierte pronto en un fin por sí misma, busca complicaciones innecesarias, fundadas tan sólo en alicientes estéticos, desinteresados y sublimes, y es el rasgo distintivo del hombre. Se ha dicho que su principal acicate es la inmensa capacidad de aburrimiento de nuestra especie.

Véase el sumidero de nociones y conquistas en que vive un hombre cualquiera de nuestro tiempo :

“Nuestro sujeto se despierta en una cama hecha según un patrón originado en el cercano Oriente, pero modificado en la Europa del norte antes de pasar a América. Se despoja de las ropas de cama hechas de algodón, que fué domesticado en la India, o de lino, domesticado en el cercano Oriente, o de lana de oveja, domesticada igualmente en el cercano Oriente, o de seda, cuyo uso fué descubierto en China; todos estos materiales se han transformado en tejidos por medio de procesos inventados en el cercano Oriente. Al levantarse, se calza unas sandalias de tipo especial, llamadas mocasines, inventadas por los indios de los bosques orientales, y se dirige al baño, cuyos muebles son una mezcla de inventos europeos y americanos, todos ellos de una época muy reciente. Se despoja de su pijama, prenda de vestir inventada en la India, y se asea con jabón, inventado por los galos; luego se rasura, rito masoquista que parece haber tenido origen en Sumeria o en el antiguo Egipto.—Al volver a su alcoba, toma la ropa que está colocada en una silla, mueble procedente del sur de Europa, y empieza a vestirse. Se viste con prendas¹ cuya forma originalmente se derivó de los vestidos de piel de los nómadas de las estepas asiáticas, y calza zapatos hechos de cuero, curtidos por un proceso inventado en el antiguo Egipto, y cortados según un patrón derivado de las civilizaciones clásicas del Mediterráneo. Alrededor del cuello se anuda una tira de tela de colores brillantes, supervivencia de los chales o bufandas que usaban los croatas del siglo xvii. Antes de bajar a desayunarse se asoma a la ventana, hecha de vidrio inventando en Egipto y, si está lloviendo, se calza unos zapatos de caucho, descubierto por los indios de Centroamérica, y coge un paraguas, inventado en el Asia sudoriental. Se cubre la cabeza con un sombrero hecho de fieltro, material inventado en las estepas asiáticas.—Ya en la calle, se detiene un momento para comprar un periódico, pagándolo con monedas, una invención de la antigua Libia. En el restorán le espera toda una serie de elementos adquiridos de muchas culturas. Su plato está hecho según una forma de cerámica inventada en China. Su cuchillo es de acero, aleación hecha por primera vez en el sur de la India; su tenedor es un invento de la Italia medieval, y su cuchara un derivado de un original romano. Comienza su desayuno con una naranja, proceden-

1 Las ropas menores, según Alfonso el Sabio, son invención de la reina Semíramis.—A. R.

te del Mediterráneo oriental, un melón de Persia, o quizá una raja de sandía de Africa. Además toma un poco de café, planta de Abisinia, con leche y azúcar. Tanto la domesticación de las vacas como la idea de ordeñarlas se originaron en el cercano Oriente, y el azúcar se hizo por primera vez en la India. Después de la fruta y el café sigue con los 'waffles', que son una especie de tortillas hechas según una técnica escandinava con trigo, aclimatado en Asia Menor. Sobre estas tortillas desparrama un poco de jarabe de arce, inventado por los indios de los bosques orientales. Además puede servirse unos huevos de una especie de pájaro domesticado en Indochina, o algún filete de carne de un animal domesticado en Asia Oriental, salada y ahumada según un proceso inventado en el norte de Europa.—Una vez que ha terminado de comer, se pone a fumar, costumbre del indio americano, consumiendo una planta domesticada en Brasil, ya en una pipa, derivada de los indios de Virginia, o en un cigarrillo, derivado de México. Si es suficientemente vigoroso elegirá un puro, que nos ha sido transmitido de las Antillas a través de España. Mientras fuma, lee las noticias del día impresas con caracteres inventados por los antiguos semitas sobre un material inventado en China, según un proceso inventado en Alemania, A medida que se va enterando de las dificultades que hay por el extranjero, si es un consciente ciudadano conservador, irá dando las gracias a una deidad hebrea, en un lenguaje indoeuropeo, por haber nacido en el continente americano." (Linton.)

ALFONSO REYES